

La apuesta y el juicio

Se abre el telón y Natalia de la Llana nos regala, entresacándolo de la niebla, un sorprendente artefacto de relojería metafísico y teológico en el que, como en un posmoderno auto sacramental, debate y cuestiona todas las paradojas de la condición humana occidental en su vertiente judeocristiana, vale decir, el sentido de la vida, la existencia de Dios, el libre albedrío, el valor de la vida humana como pasión inútil, el cuestionamiento de la trascendencia, la apuesta de Pascal, el pecado original, el problema del mal, la mudable fortuna: como ven, toda una panoplia de temas insolubles que acaparan la especulación intelectual de Occidente y que se pierden en la noche de los tiempos hasta configurar, en la Biblia, el mapa que ha regido el pensamiento humano, por lo menos, desde el nacimiento de la filosofía hasta la muerte de Dios proclamada por Nietzsche, tal como se nos dice en el prólogo de la obra: "Desde que aquel alemán dijo que Dios había muerto no es el mismo", con esa fina sorna tan característica de la autora. Por no allegar el problema a sus ramificaciones evidentes en la agonía unamuniana o en el pensamiento existencialista del siglo pasado (Camus, Sartre, etc.).

Si repasamos, a vuela pluma, las remitencias bíblicas, filosóficas y literarias que aparecen en esta pieza excelente, veremos que, como al desgaire, sin enfatizar casi nunca, resuenan ecos obvios del Libro de Job, del Fausto de Goethe, de Calderón, Lord Byron, Lope, Poe, Kafka, los salmos, el Génesis y el Apocalipsis, Pablo de Tarso, Vélez de Guevara o Cervantes y su donoso escrutinio quijotesco cuando el diablo cojuelo de nuestra obra arroja un libro de Tomás de Aquino por la ventana, pero salva el de Unamuno (San Manuel Bueno, mártir) con una frase definitiva: "siempre me cayó bien este curilla". Hasta en la renuncia de Dios a serlo hay un eco del ángel encarnado de Wim Wenders en El cielo sobre Berlín.

Pero no se asusten, este despliegue intelectual está integrado en la trama de la obra, al servicio de la misma: un díptico con prólogo y final sorprendente en el que asistimos al proceso (en los dos sentidos) de

un hombre, un profesor, un intelectual agobiado por la tristeza, al que el amor reaviva su afán por la existencia y el desencanto lo aboca al derrumbe definitivo. En una sucesión de escenas perfectamente dosificadas asistimos, como espectadores atentos, seducidos, al despliegue de la inteligencia, el talento y el humor de la autora y repasamos los últimos vaivenes de la existencia de Augusto, su soledad, su ilusión renacida, su desamor y muerte... de la mano de un ángel y un demonio (el demonio mucho más listo y simpático que el ángel, todo hay que decirlo, con más retranca) que se desafían en una apuesta sobre la salvación o no de esta alma destartada y frágil, pero también atormentada y obsesiva: como en seguida intuye Elisa, tras el primer enamoramiento, y teme caer por segunda vez en la misma trampa que ya terminó en doloroso divorcio. Quizá por eso se deja seducir tan fácilmente por Jaime y abandona a su suerte a Augusto, cuya soledad lo aboca de manera indefectible en brazos “del demonio”, quien le ofrece un rápido remedio “definitivo” para sus males.

¿Y Dios? Pues de Dios se habla todo el tiempo en esta obra, de Dios y sus consecuencias: la creación, el mal, el libre albedrío, el pecado, la salvación, el juicio. Pero Dios ni está ni se le espera y al final todo concluye, entre nubes celestiales y nieblas olímpicas, con un encogimiento de hombros de los ángeles y una mirada perdida del pobre Augusto que ve cómo se trueca su juicio por el de Aquel cuyo silencio o fuga lo humanizan hasta el punto de poder entender entonces al gran Peter Falk de la ya citada El cielo sobre Berlín cuando ya encarnado, y enamorado de la trapezista del circo, al responder a la pregunta que le hace su compañero ángel de por qué abandonó su celestial tarea y se hizo humano, este, con su mirada viroja y su sorna de excomisario Colombo, le responde que ahora, si tiene frío en las manos, hace así: ras, ras, ras, y mima el gesto de frotarlas, con total delectación. ¿Lo entiendes?

Que suba el telón. La función va a comenzar.

Ángel García Galiano

Escritor y profesor de Teoría de la Literatura en la Universidad Complutense